

—La serviré, porque vos me lo mandais.

—Porque debeis servirla, señora, si quereis que Dios os ayude: id, id, no quiero que esteis mas tiempo separada de vuestras gentes.

—Apartándome de vos, hago el mayor sacrificio que me pudiérais pedir; pero os obedezco. Adios, señor mio, y que pronto nos veamos.

—Id con Dios, señora, y que él os haga feliz.

La Palomilla salió llena de dudas, de celos, de esperanzas, de desesperacion.

## VI.

—Ese sér á quien ama, ese corazon de oro, esa ilustre persona, ¿quién es? ¿quién puede ser mas que ella? Ella, la reina: ¡y ella, que se interesa tanto por el caballero del Aguila Roja, y él que ha venido aquí á morir por ella! ¡Dios mio, Dios mio! ¡Pero él no miente, no, y me ha dicho que yo le enamoro, y no me lo ha dicho solo con las palabras, me lo ha dicho tambien con los ojos! ¡Oh, Dios mio! ¡quién sabe! ¡yo soy mas hermosa que la reina, mas jóven! ¡la reina es un imposible, y yo no lo soy! ¡si muriera don Enrique! ¡oh, Dios mio, yo no he amado nunca hasta ahora! ¡yo, hasta ahora, no he tenido celos! ¡yo voy á volverme loca!

Al llegar á este punto de sus pensamientos, doña Juana, acompañada del conde don Lope, llegó á la plaza de armas del castillo, donde al pié de las escaleras la esperaban su litera y algunos escuderos.

Despidióla el conde don Lope, entró en la litera, y salió del castillo.

## CAPITULO XVI.

### DE CÓMO MURIÓ EL INFANTE DON PEDRO DE ARAGON.

#### I.

La gran casa de piedra de Valdemorilla, donde habia entrado el alférez Zancudo y el rico hombre aragonés Pero Coronel, estaba silenciosa como una tumba.

Al pié de las escaleras, sentados acá y allá, amarillos, aterrados, habia algunos hombres de armas que se pusieron penosamente de pié al pasar Pero Coronel y Zancudo.

Parecia como que no podian soportar el peso de los arneses.

El que en Valdemorilla no estaba apestando, estaba enfermo de terror.

La peste negra era una enfermedad horrible, una espantosa descomposicion de la sangre, que mataba en pocos minutos, y dejaba lívidas á sus víctimas.

Hay quien cree que la peste negra que affigia por aquellos tiempos á Europa, no era otra cosa que el cólera morbo asiático,



mucho mas intenso, mucho mas terrible que el que nosotros conocemos.

El ejército de Almanzor fué diezclado en Caltañazor por este azote.

## II.

En lo alto de las escaleras, en el ancho rellano, habia tambien algunos hombres de armas pálidos y aterrados, porque aquel dia habia sido espantoso.

Algunos centenares de aragoneses, entre ellos muchos ricos hombres y primeros cabos del ejército, habian sucumbido.

El pánico se habia apoderado de los no atacados por la enfermedad, y habian huido hácia Leon con los infantes don Juan y don Alfonso: solo habian quedado Pero Coronel y un puñado de hombres de armas y de servidores que no habian querido abandonar al infante don Pedro, acometido gravemente por la peste.

Los religiosos, tanto de los dos conventos de Valdemorilla como de los de Mayorga, estaban siendo ángeles de caridad: nada les importaba la peste: acudian allí donde habia apestados, y se llevaban los muertos para enterrarlos, para que no aumentase la infeccion.

Mas de una vez, desde la puerta de la villa, por donde entraron en ella hasta la plaza el rico hombre y el alférez, habian encontrado algun cortejo fúnebre, compuesto de frailes que llevaban á enterrar un cadáver.

Las monjas habian salido tambien de su clausura, y estaban al lado de los enfermos y de los moribundos.

El toque de agonía seguia retumbando lentamente, y para aumentar lo pavoroso de la villa, la compañía franca de los Hermanos de la Selva, la ocupaban en son de guerra, y rondaban además en pequeños escuadrones por fuera de los muros.



LA BUENA MADRE.

Las monjas habian salido de su clausura.....



## III.

Y, cosa estraña, ni un solo fraile, ni una sola monja, fueron acometidos por la peste, ni un solo hombre de la compañía franca se sintió invadido por ella; parecía como que en aquella ocasión era de todo punto necesario ser aragonés para ser apestado.

Por eso se consigna como un milagro en las crónicas de aquel tiempo, el levantamiento del cerco de Mayorga causado por la peste.

Todos vieron entonces patente la voluntad del Señor, de afirmar en el trono al rey don Fernando el IV, y librar de enemigos á su buena madre, abandonada de sus vasallos.

## IV.

Pero Coronel y Zancudo entraron al fin en una gran cámara, ensombrecida por tener casi cerradas las maderas de sus ajimeces.

En aquella cámara había un gran lecho con cortinajes rojos.

En el lecho el infante don Pedro, y alrededor de él, como hasta una docena de religiosos.

A la cabecera, por el lado de la izquierda, se veía á una monja anciana, teniendo en una escudilla un medicamento, y animando dulcemente al infante para que le tomara.

—Es inútil, inútil señora mía, murmuraba el infante con la voz desfallecida: siento sobre mí la muerte; dentro de poco estaré en el supremo juicio, y tengo miedo: no viene, no viene ese caballero del Aguila Roja, á quien he enviado á buscar.

—No puede venir, señor infante, contestó Zancudo que había oído aquellas palabras, y acababa de llegar junto al lecho:



el caballero del Aguila Roja está gravemente herido á causa de una infame asechanza de vuestro grande amigo el infante don Juan; pero no pudiendo venir á ver á vuesa merced el caballero del Aguila Roja, yo, que soy su alférez, vengo.

—¡Ah! ¿sois vos alférez de don Gutierre de Silva?

—Sí señor.

—¿Y os envia él?

—Sí señor.

—Buenos religiosos, señora, amigo Pero Coronel, dejadme solo con este hidalgo, exclamó el infante, yo os lo suplico.

Todos se retiraron; el infante y Zancudo quedaron solos.

V.

—Acercaos, acercaos, exclamó el infante; apenas tengo fuerzas para hablar.

—Alentaos, señor infante, alentaos, dijo Zancudo, que no todos los acometidos por la peste negra mueren, y ya es una buena señal el que hayais durado tanto tiempo.

—Hace tres horas estaba sano y bueno, contestó el infante, y ahora apenas me queda vida para deciros algunas palabras.

—¡Tres horas! dijo Zancudo; pues esa es una eternidad para la peste negra, que mata como el rayo.

—No perdamos, no perdamos el tiempo, dijo el infante, yo queria ver á vuestro capitan, porque sé que le estima mucho la señora reina doña María; pero puesto que sois su alférez, y como tal, debe vuestro capitan estimaros en gran manera, oid lo que quiero que le digais para que lo diga á la reina. Protesto que no la ambicion, no ningun pensamiento bastardo me ha movido á desear mi casamiento con la reina doña María, ha sido un amor terrible, un amor que me abrasa las entrañas y que me mata mas que la peste; no quiero morir con el desconsuelo de

que la reina mi señora, me crea villano: si he movido guerra, ha sido por desesperado; si he pretendido obligarla á casarse conmigo, ha sido porque esperaba, si lo conseguia, conociese cuánto era mi amor por ella.

—¡Diablo, diablo! exclamó Zancudo, ¡y qué desgracias tan negras! ¿Y que estas cosas las haya de causar el amor?

Y se acordó de Cinta que le traía de cabeza.

—Dejadme continuar, dijo el infante, no queria yo mi casamiento con la reina para servir al rey don Jaime mi hermano, ni para ayudar á los planes ambiciosos de los reyes de Francia, Portugal y Navarra; una vez esposo de la reina, yo la hubiera defendido, yo hubiera asegurado la corona en la cabeza del rey don Fernando el IV: no me aflige la conciencia el remordimiento de una traicion; quiero que lo sepa así la reina mi señora, y pongo por testigo de la verdad de lo que digo á Dios, ante cuyo inflexible tribunal voy á parecer dentro de poco; yo la amo, muero amándola; mi último pensamiento es para ella, y temo condenarme, porque en la hora de mi muerte no pienso en otra cosa que en mi funesto amor.

Y el infante se echó á llorar.

—¡Diablo! exclamó Zancudo limpiándose los ojos con el revés de la mano, que yo no sirvo para esto, y mejor quisiera encontrarme metido en el horno de una batalla, que verme delante de vuesa merced, que me está abriendo el alma: vamos, no sirvo, yo no habia llorado en toda mi vida.

—Vos sois bravo y noble, caballero, exclamó el infante, vos no habeis vacilado en acercaros al lecho de un apestado.

—¡Caballero, caballero! dijo Zancudo, ya va de dos, á la de tres, se quedará en nada: ¡válgate el diablo por caballería! En fin, valor señor infante, valor, yo diré todo eso que vuesa merced me ha dicho á mi capitan, sin quitar ni poner letra ni tilde, y mi capitan lo dirá, cuando la vea, á la señora reina doña María.

—¡Dios os lo pague á los dos! contestó el infante: decid además á vuestro capitan que me perdone por haber faltado al juramento que le presté en la Selva del Abrojo, que me perdone la traicion que contra él hurdió el infante don Juan, y en la cual



yo tuve alguna parte: decidle que sé quién es, porque me lo ha revelado el infante don Juan, y que me causa veneración y asombro el milagroso valor de que está dotado.

—Qué, ¿sabe vuesa merced quién es el caballero del Aguila Roja? Es decir, de qué casa real es infante.

—Es infante de una gran casa, de una casa poderosa, hijo de un gran rey; pero no os diré quién sea ese rey, no os venderé el secreto con que se cubre el caballero del Aguila Roja; no me preguntéis mas, aprovechemos el tiempo, estoy muy débil, quitadme una cadena de oro que traigo al cuello.

Zancudo obedeció.

Pendiente de la cadena habia un medallon, en aquel medallon se veia uno de aquellos riquísimos esmaltes de la Edad Media, que tanto se admiran hoy, representando á la santísima Virgen del Pilar de Zaragoza.

—¿Y qué hago con esto, señor infante? dijo Zancudo, porque creo que no me la dareis para mí.

—No; á vos os daré otra cosa que la estimareis en mas.

—Muchas gracias, señor, dijo Zancudo, deseando saber qué cosa seria lo que le daria el infante.

—Si yo no hubiera sido injusto, moviendo guerra á la reina doña María, dijo el infante, esa imágen de nuestra santa patrona la Virgen del Pilar, que está bendecida por el Papa y que tiene dentro de sí, en el hueco del relicario, un verdadero *lignum crucis*, me hubiera protegido contra las lanzas enemigas y contra la peste; pero la madre del Señor no puede proteger al injusto, al usurpador violento, y de nada me ha servido ese sagrado relicario: pero la reina doña María es buena, la reina doña María no hace ni piensa nada que no pueda ser afecto á los ojos de Dios: para ella será una ayuda poderosa, una defensa invencible ese relicario: dadlo á vuestro capitan para que él lo de á vuestra reina, que la diga que me llevo su amor á la tumba, que la amaré hasta en la eternidad; que la pido con las lágrimas en los ojos me perdone todo el mal que la he hecho.

—Pues mirad, señor infante, dijo Zancudo, yo os perdono en nombre de su señoría, porque segun de su señoría he oido

hablar á mi capitan, estoy seguro de que su señoría os perdonará.

—Así lo espero, y con ello cuento para que Dios estreme conmigo su misericordia, oyendo las súplicas de la noble reina doña María. Aún me queda algo que deciros: manifestad de mi parte á vuestro capitan que deseo conserve siempre en memoria mia la buena espada de mi abuelo el rey don Jaime, que me ganó en campaña leal en el camino de Valladolid: decidle que yo le saludo al morir, y le doy con mi voluntad un ósculo de hermano, como infante que es hijo de rey; y ahora vos, id á aquella escarpia donde está mi arnés, tomad de él mi puñal de misericordia, y guardadlo por toda vuestra vida en memoria de que habeis asistido á la agonía del infante Don Pedro de Aragon y de que habeis sido su mensajero.

Zancudo, con mas viveza de lo que hubiera debido atendida la situacion, buscó el arnés con la vista, le encontró, se fué á él, tomó el puñal de misericordia del infante, y se le alegraron las entrañas.

La empuñadura era de oro macizo, grande, y tenia muchos y gruesos diamantes y rubíes.

La vaina era tambien de oro, y tenia á lo largo, sobre bellos esmaltes, una carrera de gruesas perlas; una corona real terminaba la empuñadura.

—Ese puñal fué de mi padre, dijo el infante, no hirais con él sino á los enemigos, á los que merecen morir, porque tiene la hoja envenenada.

—Verdaderamente puñal de rey, dijo Zancudo: ¿y qué mas se os ocurre, señor infante?

—Que no olvideis ni una sola palabra de las que os he dicho, que afirméis á vuestro capitan cuán encendido, cuán inmenso es el amor que me devora por la reina doña María; cuánto hubiera yo hecho por ella si ella me hubiera amado; decid que habeis visto llorar por su amor al infante don Pedro, y en cuanto á vos, que yo suplico á la reina os haga caballero, si no lo sois, y os de algo con que honrar la caballería en memoria del desdichado que muere amándola.



—Dios os perdone, señor infante, exclamó Zancudo; Dios os perdone por mucho que sea lo que tenga que perdonaros: en cuanto á mí, juro á vuesa merced hacerle decir cuantas misas pueda, si es que muere, que eso aún no se ha visto, y rezar por su alma todos los ratos que tenga desocupados: otrosí; todas las noches, donde yo duerma, si hay proporcion, estará ardiendo una lamparilla por vuestra alma.

—Dios os lo pague todo, pero me siento morir; idos ó quedaos, como queráis, pero avisad á esos buenos religiosos para que vengan á auxiliarme en mi agonía.

## VI.

Zancudo salió á la antecámara, donde los religiosos, con algunas monjas estaban; les manifestó el deseo del infante.

Todos, incluso Zancudo, á quien le pareció mal dejar sin acabar de morir al infante que tan bien se había portado con él, entraron.

Algunos minutos despues, el infante había muerto.

## VII.

—Pues señor, los otros se han ido, se ha muerto este, no hay un aragonés que pueda tenerse de pié; el cerco de Mayorga ha concluido de todo punto; me alegro: lástima que esto no haya sucedido mucho antes, así nos hubiéramos escusado muchas batallas y muchos porrazos, y que todavía en cuanto hago el mas ligero movimiento, me duele este hombro que me rabia; ¡mal rayo! la lástima es que quede uno solo para contarle.

Esta fué la oracion fúnebre que Zancudo pronunció á dos pasos del cadáver del infante don Pedro; si la hubiera pronunciado en voz alta y le hubiera reprendido algun religioso, recordándole el amor al prójimo, hubiera dicho sin vacilar:

—No es mi prójimo el que arrima á un cristiano una mazada tal como la que yo tengo sobre mi clavícula izquierda.

Zancudo era un protervo que á pesar de esto tenía mucho de buen hombre, y creía en Dios á piés juntillas, solo que no veía el prójimo en el enemigo, lo cual es un error de que por desgracia adolece la humanidad entera.

## VIII.

Zancudo se salió de la casa en cuanto hubo muerto el infante don Pedro, cobró abajo su caballo, tocó su bocina, recogió la gente de la compañía que estaba diseminada en el interior de la villa, salió de ella, llamó al resto de la gente, se puso en marcha, y á la caída del sol, habiendo dejado á la gente en su campamento, entraba en la cámara de Zayda Fatima.

## IX.

—Y bien, dijo esta, me parece que habeis vuelto demasiado pronto para haber podido coger á los infantes don Alfonso y don Juan.

—Sí, contestó Zancudo, échales un galgo; están ya en tierra de Leon y bien asegurados, pero se nos ha quedado aquí el infante don Pedro.

—¿Y por qué no os habeis apoderado de él? siempre hubiera sido una buena presa.



—¿Y para qué queríamos un muerto? dijo Zancudo.

—¡Muerto! exclamó incorporándose Zayda Fatima: ¿ha combatido?

—Sí, con la peste negra, y no ha podido vencerla.

—¡Ah! exclamó Zayda Fatima, la mano de Dios.

—Pues mirad que el infante lloraba y me decía: decid á vuestro capitán, para que lo diga á la reina mi señora, que me habeis visto llorar por su amor.

—¿Y quién dijo al infante don Pedro que la viuda de Sancho IV podía amarle?

—Qué quiere vuesa merced; el infante don Pedro me ha dicho muy buenas cosas: que tenía las entrañas abrasadas por su señoría, que si su señoría le hubiera amado, él la hubiera defendido contra todos los reyes del mundo, y á su hijo, y me ha repetido cien veces lo que amaba á su señoría, y que su amor le mataba tanto como la peste, y me ha dado este relicario con la imágen de la Virgen del Pilar de Zaragoza, y un *lignum crucis* bendecido por el Papa, para que se lo lleveis á la reina y le sirva de amparo: y me ha dicho tambien que sabe quién es vuesa merced y de qué casa real es infante, porque se lo ha dicho el infante don Juan, y que está asombrado del milagro de vuestro valor y de vuestra fuerza.

—¿Y no os ha dicho de qué casa real soy yo infante? preguntó Zayda Fatima mirando profundamente á Zancudo.

—No señor, ni yo se lo pregunté, porque no me entrometo yo en saber secretos de tan altas personas.

—Hizo bien, y vos habeis hecho mejor, porque el conocimiento de ese secreto os hubiera costado muy caro. ¿Y qué más?

—El infante me mandó os dijese que conservárais siempre en memoria suya la buena espada de su abuelo el rey don Jaime, que le quitásteis en leal batalla: á mí me ha dado este rico puñal que dice era de su padre, y lo que importa mas, señor infante, me ha encargado digais de su parte á la señora reina doña María, que en memoria suya, y por haber yo sido su mensajero, me dé la reina la orden de caballería con algo qué para sustentarla,

en lo que yo creo decía muy bien el señor infante de Aragon, porque el que trae y lleva mensajes de tales personas, debe de ser caballero.

—Caballero sereis, Zancudo, yo os lo afirmo, que bien lo mereceis por valiente, franco y leal. Ahora, volved al campo y esperad mis órdenes.

Zancudo se fué.

Entró el conde don Lope, y Zayda Fatima le relató todo lo que á ella le habia relatado Zancudo.